

Películas

Engaños y mentiras

El final de la noche

Producción: Igeldo Komunikazioa S.L.
Dirección: Patxi Barco. **Guión:** Daniel Castro Villanueva e Ismael Martínez Biurrún. **Director de Fotografía:** Gaizka Bourgeaud. **Montaje:** Guillermo S. Maldonado. **Música:** Juan Zulaika.
Intérpretes: Itziar Ituño, Asier Hormaza, Iñaki Beraetxe, Joseba Apaolaza, Klara Badiola, Kandido Uranga. **Duración:** 85 minutos. **Estreno:** 31 de octubre de 2003.



El final de la noche cuenta la historia de Raket (Itziar Ituño), una mujer joven y viuda cuyo trabajo en la sección de infografía de un periódico le obliga a revivir su infortunado pasado. El mismo día (noche) que murió su marido se cometió un crimen que al cabo de cinco años el periódico quiere recordar. Al mismo tiempo, la protagonista conoce a un joven (Javier/Asier Hormaza) del que se enamora pero cuyo pasado desconoce. Sutilmente las imágenes y las sensaciones que recibimos de la pantalla hacen intuir al espectador que existe alguna relación entre esa persona y los sucesos del pasado. Por otra parte, vamos conociendo en acciones paralelas –las cuales cuesta al principio ubicar temporalmente– a nuevos personajes que enriquecen la acción del relato y que otorgan la intriga necesaria para que el espectador permanezca atento. La fusión de todas las historias se produce en un momento álgido (el del título) oportunamente alcanzado por el guión (la confesión de Javier abatido en casa de Raket) a la espera del desenlace y conclusión posterior. Precisamente en este segundo final es donde se ve precipitada o forzada la historia; hemos aceptado la segunda declaración de Javier (ante su antiguo colega Ismael, recién salido de la cárcel), pues nos explica su comportamiento anterior. Sin embargo, la suavidad con la que ha funcionado el motor de la historia, bien lubricado con las interpretaciones de los actores, chirría un poco con la aparición del periodista celoso (Lusimi/Joseba Apaolaza) que intenta quemar sus últimos cartuchos para destrozarse la vida sentimental de su novia platónica, Raket. Una actitud onerosa y ciertamente estúpida en semejante situación. No

quiero decir que no sea creíble esa reacción, sino que no era necesaria dentro del tono general de la cinta.

Nunca me han gustado las “casualidades” en las películas, salvo en el único género autorizado a ello: la comedia. Pienso que aquéllas obedecen a la necesidad de resolver una situación mal planteada en el guión o a la pereza de rehacer desde el principio una historia que no tiene otra salida que la de hacer coincidir objetos, personas, sucesos, etcétera, a conveniencia del filme. Las “casualidades” cinematográficas suelen ser bastante irreales. *El final de la noche* introduce en su relato una serie de coincidencias que, lejos de incomodar, resultan necesarias; todas ellas tienen una explicación y a ella llegamos poco a poco, conforme esa espiral bien diseñada por el guión, se va retorciendo hasta volver repentinamente al inicio de la historia para, luego dar un brusco salto hacia el futuro/presente. En este aspecto estructural, la película del tándem Ángel Amigo (productor) y Patxi Barco (realizador) funciona perfectamente.

El interés que se defiende en este comentario nace a partir de la reflexión que se hace sobre aquello que aporta este filme, o sobre los temas que suscita. El principal tema de la película es el de la verdad, en la importancia de ser sincero, y en el valor que damos a las personas que nunca mienten. Aquí también se plantea el grado y la calidad de veracidad, pues algo cierto que no se confiesa puede llegar a considerarse como un fraude o engaño. En *El final de la noche* el personaje de Rakel acaba siendo el más valorado por el público, gracias a que, en gran medida, su personaje siempre actúa con la verdad por delante (o al menos eso parece), incluso para decirle a su compañero de trabajo (Luismi) que no quiere saber nada con él, a sabiendas que eso puede suponerle complicaciones en su ámbito laboral. Sin embargo, ella, que ama a Javier, le incita a ocultar la verdad cuando éste va a ir a una entrevista de trabajo (“A veces la verdad sólo hace daño”). Y, en efecto, su recomendación tiene fundamento, pues en el momento en que Javier se sincera con el empleador, éste le desecha. La reacción de Rakel es de furia al conocer la actitud de Javier. Lo que ella no sabe es que su amante es el “gran mentiroso” y que está con ella porque no ha tenido el valor de decirle que fue él quien mató a su marido. Todo esto lo oculta no sin dolor, hasta que su amor por ella esfuma todo intento de ser sincero. Al final, ella se entera de todo pero decide no arruinar su vida por segunda vez –ahora, además, tiene un hijo– superando su pasado con el proyecto de amor futuro; se han acabado las mentiras que enturbiaban el pasado y es hora de mirar hacia delante. En este sentido es oportuno recordar los planos inicial y final del filme. El primero tiene el sentido de un acercamiento a una vida cotidiana así como el deseo de buscar algo perdido en algún lugar de esa profunda ría; el último es la salida a mar abierto de esa introspección que abre miles de posibilidades una vez cerrado el agujero del pasado.

Volviendo al tema del engaño y las mentiras, todos los personajes de la película mienten en alguna ocasión: el periodista que cubrió la noticia del asesinato del Hotel Anoeta ocultó información (“para protegerte”, confiesa a Rakel); Ismael (Iñaki Beraetxe) y su novia trapichean con libros robados; Pablo

(Kándido Uranga) seduce a una mujer con la música que le ha robado y con la complicidad del camarero; hasta el joven recepcionista vulnera las normas haciendo llamadas particulares desde su puesto de trabajo, algo que le han prohibido explícitamente; Javier es un mentiroso reincidente que intenta incluso convencer a su antiguo “socio” de que la noche de autos atropellaron al ciclista porque Zuri (Intxizu Bengoa) estaba drogada. Ismael le replica contundente que ella no sabía conducir.

Es posible que ésta no sea una película en la que las mentiras sean el fundamento de la misma; sin embargo, éstas dan las pistas para comprender las actitudes de sus protagonistas así como el desarrollo de los acontecimientos.

Se ha hecho más arriba alguna alusión a la importancia de las interpretaciones en esta película. *El final de la noche* supone el debut de Patxi Barco¹ (Donostia, 1959) como realizador de largometrajes, y también el de alguno de sus actores, aunque varios de ellos son conocidos por sus apariciones en programas de producción propia de la ETB. La producción es esencialmente vasca, comandada por Ángel Amigo, el principal impulsor de proyectos cinematográficos en el País Vasco. *El final de la noche* ha sido rodada entre Pasajes y San Sebastián, aunque en la película no se mencionan localidades. Todo esto viene a cuento de que este filme pudiera ser un paradigma de lo que se pretende denominar “cine vasco”; es un filme realizado con dinero, técnicos, artistas y paisaje autóctono. Los únicos elementos universales que utiliza son el lenguaje y la historia que cuenta, pero ambos no son componentes de la naturaleza regional de una película.

A pesar de la corrección formal de la película y de la vinculación directa con su lugar de origen, no tuvo la merecida acogida en el momento de su exhibición pública. Ni en su presentación dentro de la Sección Zabaltegi del 51 Festival Internacional de Cine de San Sebastián (2003), si en su estreno en los cines comerciales de Euskadi en mayo de 2004. La explicación a este fracaso no hay que achacarlo al poco interés que ha despertado el filme, sino a un desinterés general por todo aquel producto cinematográfico que no asegure un valor añadido a lo que espera el espectador. La multiplicación de soportes que permiten acceder al espectáculo audiovisual genera en los nuevos espectadores –los jóvenes– la impresión de que las salas de cine son un lugar más en el que ver películas. Un sitio especial, sin duda, pero no el único. Por ello esperan que el producto que allí encuentren les dé, no solamente lo que esperan, sino algo más: una sorpresa (generada desde el guión), un descubrimiento (cinematografías orientales, el cine

1. Patxi Barco es un polifacético hombre ligado al mundo del espectáculo a través de numerosas intervenciones, tanto circenses (acrobacia, mimo, pantomima, magia, etc.), como escénicas (actor, autor y director teatral) y audiovisuales (numerosas participaciones como actor, productor y director en televisión). *El final de la noche* es el primer largometraje que dirige, tras haber participado en obras cinematográficas como *Crónica de la Guerra Carlista* (José María Tuduri, 1988), *El polizón de Ulises* (Javier Aguirre, 1987), *La conquista de Albania* (Alfonso Ungría) *La monja alférez* (Javier Aguirre, 1986), *A los cuatro vientos/Lauaxeta* (José Antonio Zorrilla, 1987), *Escorpión* (Ernesto Tellería, 1988), etc.

en V.O., etc.), unas sensaciones diferentes (la magnitud de la pantalla, el sonido amplificado, etc.), etcétera, sin olvidar la sempiterna excusa del “acto social”. Repasando la cartelera no se encuentran muchos títulos que satisfagan estas expectativas y me temo que una película interesante como la que encabeza este comentario, no posee demasiados encantos para el espectador medio. A pesar de ello, desde estas líneas tenemos la oportunidad de vindicar películas como la presente que invitan a confiar en la buena salud del cine vasco.

Alberto Cañada Zarranz